

— Sea. Aquí tienes mi bolsillo; partamos.

— ¡Gracias, señor! dijo el indomable joven, conmovido, sin querer confesarlo, por esta admirable expansión de Felipe. ¡Gracias! no tengo necesidad de nada; sólo que... sólo que os quedo mucho más agradecido que si hubiera aceptado vuestra oferta; no no lo dudéis.

Y con esto, saludando á Felipe estupefacto, corrió á meterse entre el gentío, en el cual se perdió.

El joven capitán aguardó muchos segundos, como si no pudiese creer á sus ojos ni á sus oídos; pero viendo que no volvía á parecer Gilberto, montó en su caballo y se volvió á su puesto.

II

La poseída

Todo el ruido de los carruajes y de las campanas echadas á vuelo, todos aquellos redobles de tambores, toda aquella majestad, reflejo de las majestades del mundo perdidas para ella, llegaron al alma de madama Luisa, y fueron á expirar, como las inútiles olas, al pie de las paredes de su celda.

Cuando hubo partido el rey, después de haber tratado inútilmente de volver á su hija al mundo, hablándole como padre y como soberano, es decir, con una sonrisa á la que sucedieron ruegos parecidos á órdenes, cuando la Delfina que, con la primera mirada observó aquella verdadera grandeza de alma de su augusta tía, hubo desaparecido con su torbellino de cortesanos, la abadesa de las Carmelitas mandó retirar las colgaduras, sacar las flores y separar los encajes.

De toda la comunidad conmovida aun, sólo ella no pestañeó cuando las pesadas puertas del convento, abiertas un instante al mundo, giraron lentamente y se volvieron á cerrar con estrépito entre el mundo y la soledad.

Luego mandó llamar á la tesorera.

— ¿En estos dos días de desorden, pregunto, han recibido los pobres sus limosnas de costumbre?

— Sí, señora.

— ¿Y han sido visitados los enfermos del mismo modo?

— Sí, señora.

— ¿Se ha dado á los soldados algún refrigerio antes de despedirlos?

— Todos han recibido el pan y vino que habíais mandado preparar.

— ¿Así, nadie padece en la casa?

— Nadie, señora.

Madama Luisa se aproximó á la ventana y respiró suavemente la embalsamada frescura que subía del jardín en las húmedas alas de las horas vecinas á la noche.

La tesorera aguardaba respetuosamente que la augusta abadesa le diese una orden ó la despidiese.

Solo Dios sabe en lo que en aquel momento pensaba la pobre reclusa real. Madama Luisa deshojaba unas rosas de largo tallo que subían hasta su ventana, y unos jazmines que tapizaban las paredes del patio.

De repente una violenta coz de caballo conmovió la puerta cochera é hizo estremecer á la abadesa.

— ¿Quién es el que se ha quedado en San Dionisio de todos los señores de la corte? preguntó madama Luisa.

— El eminentísimo señor cardenal de Rohán, señora.

— ¿Luego están aquí los caballos?

— No, señora; están en el cabildo de la abadía, en donde él pasará la noche.

— Pero entonces ¿qué ruido es ese?

— Señora, es el caballo de la extranjera el que lo hace.

— ¿De qué extranjera? preguntó madama Luisa tratando de refrescar sus recuerdos.

— De la italiana que ha venido ayer tarde á pedir hospitalidad á V. A.

— ¡Ah! es verdad! ¿En dónde está?

— En su cuarto ó en la iglesia.

— ¿Qué ha hecho desde ayer?

— Desde ayer no ha querido tomar ningún alimento, más que pan, y ha estado toda la noche orando en la capilla.

— ¡Sin duda es alguna grande culpable! dijo la abadesa frunciendo el ceño.

— Lo ignoro, señora, pues no ha hablado con nadie.

— ¿Qué trazas tiene?

— Es bella, y de una fisonomía dulce y seria á la vez.

— ¿En dónde estaba esta mañana durante la ceremonia?

— En su cuarto, cerca de la ventana, en donde la he visto oculta tras de las cortinas fijar en cada persona que entraba una mirada llena de ansiedad, como si en cada uno de los que entraban temiese hallar un enemigo.

— ¡Alguna mujer de ese pobre mundo en que yo he vivido, en que he reinado! Decidla que entre.

La tesorera dió un paso para retirarse.

— ¡Se me olvidaba! ¿cómo se llama? preguntó la princesa.

— Lorenza Feliciani.

— No conozco á nadie de ese nombre, dijo María Luisa recapacitando. No importa, introducida.

La abadesa se sentó en un sillón secular, de encina, que había sido esculpido en tiempo de Enrique II y había servido á las nueve últimas abadesas de las Carmelitas. Era un tribunal imponente, ante el que habían temblado muchas pobres novicias cogidas entre lo espiritual y lo temporal.

Al cabo de un momento entró la superiora condu-

ciendo á la extranjera del velo largo á quien ya conocemos.

Madama Luisa tenía la penetrante vista de la familia, vista que se fijó en Lorenza Feliciani así que entró en el gabinete; pero reconoció en la joven tanta humildad, tanta gracia, tanta belleza sublime; en fin, vió tanta inocencia en sus grandes ojos negros anegados en lágrimas aun recientes, que de hostiles que eran al principio sus disposiciones hacia ella, se convirtieron en benévolas y fraternales.

— Acercaos, señora, dijo la princesa, y hablad.

La joven dió un paso temblando y quiso hincar una rodilla en tierra.

La princesa la levantó.

— ¿ Soís vos, señora, le dijo, á quien llaman Lorenza Feliciani ?

— Sí, señora.

— ¿ Y deseáis confiarme un secreto ?

— ¡ Oh ! ardo en ese deseo.

— Pero, ¿ por qué no habéis recurrido al tribunal de la penitencia ? Yo no tengo más poder que el de consolar, pero un sacerdote consuela y perdona.

Madama Luisa pronunció estas últimas palabras vacilando.

— Señora, yo sólo tengo necesidad de consuelo, respondió Lorenza, y por otra parte, sólo á una mujer me atrevería á decir lo que voy á contar.

— Según eso, ¿ debe ser muy extraño lo que vais á referirme ?

— Sí, muy extraño; pero escuchadme con paciencia, señora; os repito que sois vos sola á quien quiero hablar, porque sois mujer, y además porque sois omnipotente, y casi necesito del brazo de Dios para defenderme.

— ¡ Para defenderos ! ¿ Luego os persiguen ? ¿ luego os atacan ?

— ¡ Oh ! sí, señora, sí, exclamó la extranjera, me persiguen con un indecible terror.

— Entonces, señora, debéis reflexionar, dijo la princesa, que esta casa es un convento y no una fortaleza; que nada de cuanto agita á los hombres puede penetrar aquí sino para apagarse; que nada de lo que puede servirles contra los otros hombres se halla aquí, y que no es esta la casa de la justicia, de la fuerza y la represión, sino simplemente la casa de Dios.

— ¡ Oh ! he ahí justamente lo que yo busco ! dijo Lorenza. Sí, busco la casa de Dios, porque sólo en ella puedo vivir tranquila.

— Pero Dios no admite las venganzas. ¿ Cómo queréis que os vengemos de vuestro enemigo ? Debéis dirigiros á los magistrados.

— Contra el que yo temo nada pueden los magistrados, señora.

— ¿ Quién es pues ? preguntó la abadesa con un espanto secreto é involuntario.

Lorenza se acercó á la abadesa poseída de una misteriosa exaltación.

— Lo que él es, señora, le dijo, estoy segura de ello, es uno de esos demonios que hacen la guerra á los hombres, y á quien su príncipe Satanás ha dotado de un poder sobrehumano.

— ¿ Qué estáis diciendo ? exclamó la princesa mirando á aquella mujer para asegurarse bien de que no estaba loca.

— ¡ Y yo ! y yo ! ¡ Oh, cuán desgraciada soy ! exclamó Lorenza retorciéndose los brazos que parecían moldeados por los de una estatua antigua. ¡ Y yo me he encontrado con ese hombre ! y yo me he.....

— ¡ Acabad !

Lorenza se acercó aun más á la princesa, y luego, en voz baja, y como espantada ella misma de lo que iba á decir :

— ¡ Yo soy una poseída ! murmuró.

— ¡ Poseída ! exclamó la princesa. Vamos, señora, decid, ¿ estáis en vuestro juicio cabal ? ¿ no estáis acaso.....

— ¡ Loca ! ¿ no es verdad ? Eso queréis decir. No, no estoy loca, pero si me abandonaseis, muy bien podría volverme loca.

— ¡ Poseída ! repitió la princesa.

— ¡ Ay de mí, ay de mí !

— Pero permitidme que os lo diga, os veo en todas cosas semejante á las criaturas más favorecidas de Dios : parecéis rica, sois bella, os expresáis razonablemente, vuestro rostro no tiene ninguna señal de esa terrible y misteriosa enfermedad que llaman posesión.

— Señora, en mi vida, y en las aventuras de esta vida, es donde reside el siniestro secreto que me querría ocultar á mí misma.

— Explicaos, veamos, ¿ soy yo la primera á quien habláis de vuestra desgracia ? Vuestros padres, vuestros amigos.....

— ¡ Mis padres ! exclamó la joven cruzándose las manos dolorosamente. ¡ Amigos ! añadió con amargura. ¡ Ay, señora ! ¿ acaso tengo yo amigos ?

— Vamos, procedamos con orden, hija mía, dijo madama Luisa tratando de trazar un camino á las palabras de la extranjera. ¿ Quiénes son vuestros padres, y cómo los habéis dejado ?

— Señora, yo soy romana, y habitaba en Roma con ellos. Mi padre es de antigua nobleza ; pero, como todos los patricios de Roma, es pobre. Además tengo á mi madre y un hermano mayor. En Francia, me han

dicho, cuando una familia aristocrática como la mía tiene un hijo y una hija, se sacrifica la dote de la hija para comprar la espada del hijo. En nuestro país se sacrifica á la hija para que el hijo haga carrera en las órdenes eclesiásticas. Así, yo no he recibido ninguna educación, porque era preciso hacer frente á la educación de mi hermano que sigue sus estudios, como decía sencillamente mi madre, á fin de que llegue á ser cardenal.

— ¿ Y luego ?

— Resulta de ahí, señora, que mis padres se impusieron cuantos sacrificios estaban á su alcance para ayudar á mi hermano ; y que resolvieron hacerme tomar el velo en las Carmelitas de Subiaco.

— Y vos, ¿ qué decis ?

— Nada, señora. Desde mis primeros años me han presentado ese porvenir como una necesidad. Yo no tenía fuerzas ni voluntad. Además, no me consultaban, se me mandaba, y á mí no me quedaba más que obedecer.

— Sin embargo.....

— Señora, nosotras las jóvenes romanas sólo tenemos deseos é impotencia, amamos el mundo como los condenados aman el paraíso, sin conocerlo. Además, me veía rodeada de ejemplos que me habrían condenado, si me hubiese ocurrido la idea de oponerme, pero no me ocurrió. Todas las amigas que había conocido y que, como yo, tenían hermanos, habían pagado su deuda á la ilustración de la familia. Yo no hubiera tenido motivo fundado de queja, puesto que nada me pedían que saliese de los hábitos generales. Mi madre me acarició un poco más, solamente cuando se acercó el día en que yo debía dejarla.

En fin, llegó el día en que debía principiar mi noviciado ; mi padre reunió quinientos escudos roma-

nos para pagar mi dote al convento, y salimos para Subiaco.

De Subiaco á Roma hay nueve leguas, pero los caminos de la montaña son tan malos que en cinco horas no anduvimos más que tres leguas. Á pesar de eso y de lo fatigoso que era el viaje, me agradaba; le sonreía yo como á mi última felicidad, y en todo el camino iba diciendo adiós en voz baja á los árboles, á los brezales, á las piedras y hasta á las hierbas secas. ¡Quién sabía si allá en el convento había hierba, piedras, brezales y árboles!

De repente, en medio de mis éxtasis, al pasar por entre un bosquecito y una masa de rocas quebradas, paróse el coche, oí á mi madre lanzar un grito; mi padre hizo un movimiento para coger las pistolas... ¡Mis ojos y mi espíritu se bajaron del cielo á la tierra: estábamos detenidos por unos bandidos!

— ¡Pobre criatura! exclamó madama Luisa, que cada vez iba tomando más interés en esta relación.

— Y bien; ¿os lo diré, señora? yo no me asusté, porque aquellos hombres nos detenían por nuestro dinero, y el que iban á robarnos estaba destinado á pagar mi dote al convento. No habiendo dote, se retardaba mi entrada en el convento todo el tiempo que necesitase mi padre para proporcionarse otra, y yo sabía bien el trabajo y el tiempo que le había costado el reunir aquellos quinientos escudos.

Pero cuando, después de repartirse aquel primer botín, en lugar de dejarnos continuar nuestro camino, se lanzaron sobre mí los bandidos, cuando ví los esfuerzos de mi padre por defenderme, cuando ví las lágrimas de mi madre suplicándoles, comprendí que me amenazaba una grande desgracia, una desgracia desconocida, y comencé á pedir misericordia, impelida por ese sentimiento natural que nos hace gritar

¡socorro! pues sabía bien que era inútil, y que nadie me oiría en aquel desierto.

Así, sin inquietarse de mis gritos, de las lágrimas de mi madre, ni de los esfuerzos de mi padre, los bandidos me amarraron las manos á las espaldas, y abrasándome con unas miradas repugnantes que entonces comprendí, pues tan penetrante me hacía ser el terror, se pusieron á jugar sobre el pañuelo de uno de ellos con unos dados que sacaron de su bolsillo.

Lo que más me amedrentó, fué que no había ninguna apuesta sobre el inmóvil tapiz.

Durante todo el tiempo en que pasaban los dados de mano en mano, yo temblaba como una azogada, porque comprendía que era yo lo que estaban jugando.

De súbito, dando uno de ellos un alarido de triunfo, se levantó, mientras los otros blasfemaban y rechinaban los dientes, corrió á mí y me cogió entre sus brazos, y puso sus labios sobre los míos.

El contacto de un hierro candente no me hubiera hecho lanzar un grito más dolorido.

— ¡Oh! ¡la muerte, la muerte, Dios mío! exclamé.

Mi madre se revolcaba por tierra, y mi padre se desmayó.

Sólo una esperanza me quedaba; la de que, en un raptó de rabia, me matase alguno de los bandidos que habían perdido, dándome una puñalada con el puñal que apretaban en sus crispadas manos.

Yo aguardaba aquella puñalada, la esperaba y aun la invocaba.

De súbito apareció en el sendero un hombre á caballo, á quien, habiendo hablado en voz baja á uno de los centinelas, habían dejado pasar cambiando con él una seña.

Aquel hombre, de mediana estatura, de fisonomía imponente, de mirada resuelta, (significó algo)

dose tranquilamente al paso ordinario de su caballo.

Cuando llegó enfrente de mí se paró.

El bandido que me había cogido en sus brazos, y que comenzaba á llevarme, se volvió á un silbido que dió aquel hombre con el mango de su látigo.

El bandido me dejó deslizarme hasta el suelo, y como aun vacilase, el desconocido formó un ángulo con su brazo, puso sobre su pecho dos dedos separados, y como si aquella seña fuese la orden de un amo omnipotente, el bandido se aproximó al desconocido.

Este se inclinó al oído del bandido, y pronunció en voz baja la palabra *Mac*.

No pronunció más que esta palabra; estoy segura de ello, yo, que le miraba como uno mira el cuchillo que va á matarle; que escuchaba como uno escucha cuando la palabra que aguarda ha de ser la vida ó la muerte.

— *Benac*, respondió el bandido.

Luego, domado y rugiendo como un león, volvió adonde yo estaba, desató la cuerda que tenía ligadas mis muñecas, y fué á hacer lo mismo con mi padre y mi madre.

Entonces, como se habían repartido ya el dinero, fué cada uno á poner sucesivamente su parte sobre una piedra, sin que faltase un solo escudo.

En este intermedio, yo me sentía revivir en los brazos de mi padre y de mi madre.

— ¡Ahora marchad!... dijo á los bandidos.

— Lorenza Feliciani, dijo entonces, el extranjero cubriéndome con su mirada sobrehumana, ahora continúa tu camino, estás libre.

Mis padres dieron gracias al extranjero, que me conocía y á quien nosotros no conocíamos. Luego subieron al coche, yo los seguí con pesar, porque no sabía qué poder extraño é irresistible me atraía hacia mi libertador.

Éste se había quedado inmóvil en el mismo sitio, como para continuar protegiéndonos.

Hábale yo mirado cuanto tiempo pude, y sólo cuando le hube perdido de vista enteramente, desapareció la opresión que embargaba mi pecho.

Dos horas después estábamos en Subiaco.

— Pero, ¿quién era aquel hombre extraordinario? preguntó la princesa conmovida con la sencillez de esta relación.

— Dignaos escuchar aun, señora, respondió Lorenza. ¡Ay! aun no he concluído!

— Escucho, dijo madama Luisa.

La joven continuó:

— Dos horas después de este acontecimiento llegamos á Subiaco.

Durante todo el camino no habíamos hecho más que hablar mi padre, mi madre y yo de aquel singular salvador que nos había venido de repente, misterioso y omnipotente como un enviado del cielo.

Mi padre, menos crédulo que yo, sospechaba que sería jefe de uno de esos bandos ó cuadrillas que, aunque divididos en fragmentos al rededor de Roma, dependen de la misma autoridad, y son inspeccionados de vez en cuando por el jefe supremo, que, investido de una autoridad absoluta, recompensa, castiga y reparte.

Pero yo, yo que, sin embargo, no podía luchar en experiencia con mi padre; yo, que obedecía á mi instinto, que sufría el poder de mi agradecimiento, no creía ni podía creer que aquel hombre fuese un bandido. Así en mis plegarias de cada noche á la Virgen consagraba una frase destinada á llamar las gracias de la Madre de Dios sobre mi salvador desconocido.

Aquel mismo día entré en el convento. Habíase recobrado la dote, y nada me impedía entrar en él. Estaba

más triste, pero también más resignada que nunca. Italiana y supersticiosa, creía que Dios quería poseerme pura, entera y sin mancha, puesto que me había librado de aquellos bandidos, excitados sin duda por el demonio para manchar la corona de inocencia que Dios sólo debía desprender de mi frente. Así, me sometí con todo el ardor de mi carácter á las exigencias de mis superiores y de mis padres, quienes me hicieron firmar una petición al soberano Pontífice para que me dispensara el noviciado. Yo misma la escribí y la firmé. Había sido redactada por mi padre en los términos de un deseo tan ardiente, que Su Santidad creyó ver en esta petición la ardiente aspiración de un alma cansada del mundo hacia la soledad; concedió todo lo que se le pedía, y el noviciado de un año, de dos años algunas veces para las demás, por un favor especial quedó reducido para mí á un mes.

Me anunciaron esta noticia, que no me causó ni dolor ni alegría. Hubiérase dicho que estaba ya muerta para el mundo, y que operaban sobre un cadáver, al que sólo sobrevivía su sombra impasible.

Quince días me tuvieron encerrada temiendo que el espíritu mundano viniera á acometerme. En la mañana de aquel décimoquinto día recibí la orden de bajar á la capilla con las demás hermanas.

En Italia las capillas de los conventos son iglesias públicas. El papa no cree sin duda que sea permitido á un sacerdote confiscar á Dios en cualquier sitio en que se manifieste á sus adoradores.

Entré en el coro y cogí mi silla. Entre las telas verdes que cerraban las rejas de aquel coro, ó más bien, que afectaban cerrarlas, había un espacio bastante grande para que se pudiera ver la nave.

Ví por este espacio, que daba, por decirlo así, sobre la tierra, un hombre que había quedado solo, de pie,

en medio de la turba prosternada. Este hombre me miraba, ó más bien, me devoraba con los ojos. Entonces sentí ese extraño movimiento de malestar que ya había experimentado; ese efecto sobrehumano que me atraía, por decirlo así, fuera de mí misma, como al través de una hoja de papel, de una plancha ó de un plato, había visto á mi hermano atraer una aguja tocada á la piedra imán.

¡Ay! vencida, subyugada, sin fuerza contra aquella atracción, me incliné hacia él, junté las manos como se juntan delante de Dios, y con los labios y el corazón á la vez dije:

— ¡Gracias, gracias!

Mis hermanas me miraron con sorpresa: nada habían comprendido de mi movimiento, nada de mis palabras; siguieron la dirección de mis manos, de mis ojos y de mi voz. Se empinaron sobre sus sillas para mirar á su vez hacia la nave. Yo miré también temblando.

El extranjero había desaparecido.

Preguntáronme, pero no supe hacer otra cosa más que ruborizarme, palidecer y balbucear.

Desde aquel momento, señora, exclamó Lorenza con desesperación, desde aquel momento estoy en poder del demonio.

— Nada sobrenatural veo en todo eso. Sin embargo, hermana mía, respondió la princesa con una sonrisa, calmaos y continuad.

— ¡Oh! porque no podéis sentir lo que yo experimentaba.

— ¿Qué experimentabais?

— La posesión toda entera: mi corazón, mi alma, mi razón, el demonio lo poseía todo.

— Hermana, temo mucho que ese demonio fuese el amor, dijo madama Luisa.

— ¡ Oh ! el amor no me habría hecho sufrir así; el amor no habría oprimido mi corazón; el amor no habría sacudido todo mi cuerpo como hace el viento de una tempestad con un árbol; el amor no me habría inspirado el mal pensamiento que me ocurrió.

— Decid ese mal pensamiento, hija mía.

— Hubiera debido confesarlo todo á mi confesor, ¿ no es verdad, señora ?

— Sin duda.

— Pues bien, el demonio que me poseía, me aconsejó, por el contrario, que guardara el secreto. Acaso no habría una sola religiosa que al entrar en el claustro no dejara en el mundo que abandonaba un recuerdo de amor. Muchas tenían un nombre en el corazón invocando el nombre de Dios. El confesor estaba acostumbrado á semejantes revelaciones. Pues bien; yo, tan piadosa, tan tímida, tan cándidamente inocente; yo, que antes de aquel viaje fatal de Subiaco jamás había hablado una palabra con un hombre, á no ser mi hermano; yo, que desde entonces no había cruzado más que dos veces mi mirada con la del desconocido, me figuré, señora, que me atribuirían con aquel hombre una de esas intrigas que antes de tomar el velo había tenido cada una de nuestras hermanas con sus llorados amantes.

— Mal pensamiento en efecto, dijo madama Luisa; pero todavía es un demonio muy inocente el que inspira á la mujer que posee semejantes pensamientos. Continúad.

— Al día siguiente me llamaron al locutorio. Bajé, y hallé á una de mis vecinas de la Vía Frattina en Roma, joven que me quería y me echaba mucho de menos, porque todas las tardes hablábamos y cantábamos juntas.

Detrás de ella, y al lado de la puerta, la esperaba,

como hubiera hecho un lacayo, un hombre embozado en una capa. Este hombre no se volvió hacia mí; pero yo me volví hacia él. No me habló, sin embargo adiviné quién era; sí, señora: era mi protector desconocido.

La misma turbación que había experimentado se apoderó de mi corazón. Me sentí bastante invadida por el poder de aquel hombre. Sin las rejas que me detenían cautiva, indudablemente hubiera sido suya. Había en la sombra de su capa rayos extraños que me deslumbraban. Había en su silencio obstinado rumores oídos por mí sola, que me hablaban en una lengua armoniosa.

Tomé sobre mi misma todo el poder que podía tener, y pregunté á mi vecina de la Vía Frattina quién era aquel hombre que la acompañaba.

Ella no le conocía. Su marido debía haber venido con ella; pero en el momento de partir había entrado acompañado de aquel hombre, y le dijo:

Yo no puedo conducirte á Subiaco: este amigo te acompañará.

Mi vecina no quiso preguntarle más, pues tanto era el deseo que tenía de verme, y vino en compañía del desconocido.

Aquella mujer era una santa; vió en un rincón del locutorio una Virgen que tenía reputación de muy milagrosa; no quiso salir sin dirigirle su plegaria, y se arrodilló delante de ella.

Durante aquel tiempo, el hombre entró sin hacer ruido, se aproximó lentamente á mí, abrió su capa y clavó sus miradas en las mías como hubiera hecho con dos rayos ardientes.

Yo esperaba que hablase; mi pecho se levantaba, por decirlo así, subiendo como una ola delante de su palabra; pero se contentó con extender sus dos manos

por encima de su cabeza aproximándolas á la reja que nos separaba. Al punto se apoderó de mí un éxtasis extraño; él se sonreía: yo le devolví su sonrisa cerrando los ojos como abrumada bajo una languidez infinita. Durante este tiempo, como si él no hubiese deseado otra cosa que asegurarse de su poder sobre mí, desapareció; á medida que se alejaba, recobraba yo mis sentidos; sin embargo, estaba todavía bajo el imperio de aquella extraña alucinación, cuando mi vecina de la Vía Frattina, habiendo acabado su plegaria, se levantó, se despidió de mí, me abrazó y salió.

Al desnudarme, por la noche, hallé bajo mi toca un billete que contenía solamente estas líneas:

« En Roma, el que ama á una religiosa es castigado con la muerte. ¿ Daréis la muerte á quien debéis la vida? »

Desde aquel día, señora, la posesión fué completa, porque mentí á Dios, no confesándole que pensaba yo en aquel hombre tanto y más que en él.

Asustada Lorenza de lo que acababa de decir, se detuvo para consultar la fisonomía tan dulce y tan inteligente de la princesa.

— Todo eso no es la posesión, dijo madama Luisa de Francia con firmeza. Os repito que es una desgraciada pasión, y ya os lo he dicho: las cosas del mundo no deben entrar hasta aquí, sino acompañadas del arrepentimiento.

— ¡ Del arrepentimiento, señora! exclamó Lorenza. ¡ Cómo! veis mis lágrimas, me veis de rodillas suplicándoos que me sustraigáis del poder infernal de ese hombre, ¡ y preguntáis si estoy arrepentida! ¡ Oh! más que arrepentida, puesto que traigo remordimientos.

— Sin embargo, hasta ahora... dijo madama Luisa.

— Aguardad, aguardad hasta el fin, dijo Lorenza,

os suplico que no me juzguéis entonces con demasiada severidad, señora.

— La indulgencia y la dulzura me están recomendadas, y estoy á las órdenes de todo sufrimiento.

— ¡ Gracias! ¡ oh! gracias! sois verdaderamente el ángel consolador que venía á buscar.

Bajábamos á la capilla tres veces á la semana; á cada uno de aquellos oficios asistió el desconocido. Yo había querido resistir; dije que estaba enferma, resolví no bajar. ¡ Debilidad humana! cuando llegaba la hora bajaba, á pesar mío, y como si una fuerza superior á mi voluntad me hubiese empujado; entonces, si no había llegado, gozaba algunos instantes de calma y de bienestar; pero, á medida que se aproximaba, le sentía venir. Hubiera podido decir: está á cien pasos, está en el umbral de la puerta, está en la iglesia, y esto sin mirar á este lado; después, cuando llegaba á su sitio acostumbrado, aunque mis ojos estuviesen clavados en mi devocionario para la invocación más santa, mis ojos se separaban del libro para fijarse en él.

Entonces, por mucho que se prolongara el oficio, no podía yo leer ni orar. Todo mi pensamiento, toda mi voluntad, toda mi alma, estaban en mis miradas, y todas mis miradas eran para aquel hombre que yo conocía me disputaba á Dios.

Al principio no había podido mirarle sin temor; después lo deseé, y por último corrí con el pensamiento á su encuentro, y frecuentemente, como vemos las cosas en un sueño, me parecía verle por las noches en la calle, ó sentirle pasar por debajo de mi ventana.

Este estado no se había escapado á mis compañeras. Llegó á oídos de la superiora; lo participó á mi madre. Tres días antes del en que debía pronunciar mis votos, ví entrar en mi celda á los tres únicos

parientes que tenía en el mundo : mi padre, mi madre y mi hermano.

Venían para abrazarme por última vez, decían ; pero pronto ví que llevaban otro objeto ; pues quedándose mi madre sola conmigo, me hizo varias preguntas. En esta ocasión es fácil conocer la influencia del demonio, porque, en lugar de decirse todo, como hubiera debido hacer, me obstiné en negar.

El día en que debía tomar el velo llegó en medio de una extraña lucha. Deseando y temiendo la hora en que me entregaría á Dios, conocía demasiado que si el demonio quería ejercer todo su dominio sobre mí, aquella hora solemne sería la que escogería para intentarlo.

— ¿ Y ese hombre extraordinario no volvió á escribirnos después de aquella primera carta que encontrasteis en vuestra toca ? preguntó la princesa.

— Jamás, señora.

— ¿ En aquella época jamás le habíais hablado ?

— Jamás, á no ser mentalmente.

— ¿ Ni escrito ?

— ¡ Oh ! jamás.

— Continúad. Estabais en el día que profesasteis.

— Aquel día, como decía á V. A., debía ver concluir al fin mis tormentos, porque, aunque mezclado de una dulzura extraña, era un suplicio inconcebible para una alma cristiana la obsesión de un pensamiento, de una forma siempre presente é imprevista, siempre burlona por la oportunidad con que se me presentaba precisamente en mis momentos de lucha con ella, y por su obstinación en dominarme entonces invenciblemente. Así es que había momentos en que invocaba aquella hora santa con todo mi corazón. Cuando sea de Dios, me decía, Dios sabrá defenderme, como me defendió de los bandidos, olvidándome que en el ata-

que de los bandidos me había defendido Dios por la mediación de aquel hombre.

Entretanto la hora de la ceremonia había llegado. Bajé á la iglesia, pálida, inquieta, pero, no obstante, menos agitada que de costumbre : mi padre, mi hermano, aquella vecina de la Vía Frattina, que había ido á verme, todos nuestros amigos estaban en la iglesia, todos los habitantes de los pueblos inmediatos habían acudido, porque había corrido la voz de que yo era hermosa, y una hermosa víctima, dicen, es más agradable al Señor. El oficio comenzó.

Yo lo deseaba con toda mi alma, lo pedía con todos mis ruegos y oraciones, porque él no estaba en la iglesia, y me sentía, en su ausencia, bastante dueña de mi libre albedrío. Ya el sacerdote se volvía hacia mí mostrándome el Cristo al que iba á consagrarme, ya extendía yo los brazos hacia aquel único Salvador dado al hombre, cuando el temblor habitual que me anunciaba su aproximación, comenzó á agitar mis miembros ; cuando el golpe que comprimía mi pecho, me indicó que acababa de poner el pie en el umbral de la iglesia ; cuando, en fin, la atracción irresistible llevó mis ojos al lado opuesto al altar, por más esfuerzos que hicieron para permanecer fieles al Cristo.

Mi perseguidor estaba de pie al lado del púlpito y más aplicado que nunca á mirarme.

Desde aquel momento le pertenecía ; por tanto ya no había para mi oficio, ceremonia ni rezo.

Creo que me preguntaron según el rito ; pero yo no contesté. Me acuerdo que me sacaron por el brazo y que vacilé como una cosa inanimada que desprenden de su base. Presentáronme delante de los ojos las tijeras, en las que un rayo de sol acababa de reflejar su resplandor terrible ; el resplandor no me hizo pestañear. Un instante después sentí el frío del yerro

sobre mi cuello y el rechinar del acero en mi cabellera.

En aquel momento me pareció que todas las fuerzas me faltaban, que mi alma se lanzaba de mi cuerpo para ir á él, y caí cuan larga era sobre la losa, pero, cosa extraña, no como una persona desmayada, sino como una persona acometida de un sueño. Oí un murmullo: después me quedé sorda, muda é insensible. La ceremonia fué interrumpida con espantoso tumulto.

La princesa juntó las manos en ademán compasivo.

— ¿No es verdad? dijo Lorenza, que fué aquel un terrible acontecimiento y en el cual es fácil conocer la intervención del enemigo de Dios y de los hombres?

— Creo, hija mía, dijo la princesa con acento de tierna compasión, que tenéis demasiada inclinación á atribuir á maravilla lo que no es más que el efecto de una debilidad natural. Al ver aquel hombre os desmayasteis, y esto nada tiene de particular: proseguid.

— ¡Oh! señora, señora, no me digáis eso, exclamó Lorenza; á lo menos esperad oírlo todo para dar vuestro parecer. ¡Nada de maravilloso! continuó ella; pero en ese caso, ¿no es verdad que debía haber vuelto en mí, diez minutos, un cuarto de hora ó una hora después de mi desmayo? Habría hablado con mis hermanas y recobrado mi valor y mi fe entre ellas.

— Sin duda, dijo madama Luisa. Pues bien, ¿no ha sucedido todo así?

— Señora, dijo Lorenza con voz sorda y acelerada, cuando volví en mí era de noche. Un movimiento rápido y convulsivo me fatigaba hacia algunos minutos. Levanté mi cabeza creyendo estar bajo la bóveda de la capilla ó bajo las cortinas de mi celda: Vi rocas, árboles, nubes; después, en medio de todo esto, sentía un aliento tibio que me acariciaba el rostro. Creí que

la hermana enfermera me prodigaba sus cuidados, y quise darle las gracias... Señora, mi cabeza reposaba sobre el pecho de un hombre, y este hombre era mi perseguidor. Llevé los ojos y las manos sobre mí misma para asegurarme de si vivía ó al menos de que estaba despierta. Lancé un grito. Estaba vestida de blanco. Tenía sobre la frente una corona de rosas blancas como una desposada ó muerta.

La princesa lanzó un grito; Lorenza dejó caer su cabeza entre sus manos.

— Al siguiente día, continuó sollozando Lorenza, al siguiente día averigüé el tiempo que había trascurrido; estábamos en miércoles; por consiguiente había permanecido durante tres días sin conocimiento: durante estos tres días ignoro enteramente lo que pasó.